

Lección 3

16 de diciembre de 1964

Si la psicología, sin importar cuál sea su objeto, aunque sí que este mismo pueda ser definido, tal como se lo sostiene vanamente, como el único capaz de conducirnos de alguna manera, por la vía que fuere, al conocimiento; en otras palabras, si el alma existiera, si el conocimiento resultase del alma, los profesores de psicología, los psicólogos profesores, deberían reclutarse con los medios mismos con los que aprehenden su objeto y, para ilustrar lo que quiero decir, ellos deberían llevar a cabo [*réaliser*] lo que sucedería en cualquier sección de museo (digamos una al azar, la más representativa: la conchiliología, ciencia de las conchas), y deberían en resumen cumplir [*réaliser*] de un solo golpe tanto el conjunto del personal de enseñanza como la colección misma, donde el resumen de sus títulos universitarios serviría en esta metáfora (bastante bien, de hecho) para conformar la etiqueta de procedencia adherida a tal ejemplar. La experiencia prueba, aunque nada queda descartado para el porvenir, que hasta hoy no ha ocurrido nada parecido.

El intento de un Piaget, que consiste, hablando propiamente, en hacer confinar de una manera tan estricta el proceso, el progreso del conocimiento efectivo, con un supuesto desarrollo de algo supuestamente inmanente a una especie, humana u otra, es algo que, seguramente, de manera ciertamente analógica (puesto que no hay fenomenología del espíritu, por más elemental que sea, que pueda quedar implicada en ello), debería desembocar en esa especie de selección-muestreo de la que hablo, en la que de cierta manera se haría del cociente intelectual el único patrón de comparación posible de quien tenga que responder por un cierto funcionamiento, por una cierta integración del funcionamiento de la inteligencia.

De hecho el objeto de la psicología es tan poco unitario que esta traducción de la palabra alma, en el nivel en que le sirve a una teoría del desarrollo, es perfectamente insuficiente para colmar su uso y todo el mundo sabe que, en otros campos, llegaríamos a la misma paradoja: que quienes tengan que reconocer, de una u otra manera, y hasta administrar ese campo del alma, deberían también efectuar en sí mismos algún tipo, algún prototipo o algún momento fijo de lo que, a fin de cuentas, debería llamarse alma bella. Afortunadamente ya nadie sueña con eso desde que Hegel, ya lo saben, hizo recaer una profunda desconfianza sobre esa categoría de alma bella⁶². La relación del alma bella con los desórdenes del mundo quedó estigmatizada de una vez por todas y definitivamente con el comentario seguramente penetrante y que nos introduce en todos sus registros a la dialéctica que aquí se aplica: que el alma bella sólo se sostiene por ese mismo desorden.

Sin embargo, es claro que en el reclutamiento que los psicoanalistas se imponen a sí mismos, en todo ese campo (que no pude recorrer totalmente con la luz del proyector), hay un lugar que se distingue por algo que se aproxima de manera muy singular a esta paradójica hipótesis y a la idea de que alguien que tenga que enseñar, que tenga que dar cuenta de lo que efectivamente es la praxis analítica, de lo que pretende conquistar sobre lo real, ese alguien, en cierta forma es, él mismo, lo que se escoge a la manera de una muestra,

particularmente bien entresacada, de ese progreso. De hecho, sienten bien que aquí se trata de algo muy diferente a lo típico, a lo estático; se trata de cierta prueba. Y entonces resulta tanto más importante precisar el alcance de esta prueba, y sin duda alguna el término de identificación que se introduzca aquí, por ejemplo dándolo como término para la experiencia psicoanalítica, sólo podrá al mismo tiempo introducir un punto extremadamente agudo de esta problemática. ¿En qué nivel se produce esta identificación en lo que concierne a una experiencia particular en sí misma? ¿El analizado sería alguien que transmite cierto modo de experiencia de aquél que lo analizó, tal como él mismo lo recibió? ¿Cómo pueden esas experiencias ubicarse la una respecto a la otra: la que antecede siempre tiene algo que sobrepasa e incluye en cierta forma a la que va a salir? O al contrario ¿le deja la puerta [abierta] para algún rebasamiento? Seguramente ése es el nivel más difícil en donde plantear el problema. Ciertamente es también aquel en donde ha de resolverse. ¿Cómo llegar por lo menos a pensarlo si no captamos la estructura de esta experiencia?

Porque en la teoría psicoanalítica, independientemente de lo que pueda afirmarse de sustancial en el ámbito de esta identificación, esto no puede servir de manera alguna de módulo y medida, y los psicoanalistas mismos, aún los más enfeudados en tal o cual proceso tradicional (que, dios mío, no ha de profundizarse demasiado), reirían si se les dijera que lo que se trata de transmitir es una función del talante del ideal del yo; la identificación de la que se trata no puede ser definida, captada, en otra parte. Por supuesto, no sabríamos contentarnos con algo cuyo poder de evocación radicaría en el hecho de haberse ejercido una vez en una cierta dinámica. ¿Cómo encontrar ahí cualquier cosa, que sólo pueda resolverse en una especie de endogenia, de toma de conciencia de un cierto número de desplazamientos captados por dentro? Pero ¿qué de aprehensible, qué de transmisible, qué de organizable, qué de científico, para decirlo todo, podría asentarse sobre algo que sólo resultase entonces del hecho de pertenecer al ámbito de cierta masoterapia, si quieren, de cierto ejercicio de tipo respiratorio y hasta de cierta relajación; algo tan primitivamente próximo a la esfera más interna; a una experiencia a fin de cuentas corporal?

Por eso es tan importante intentar captar de qué puede tratarse en una experiencia que se anuncia ella misma como ser de la dimensión más plena, lo cual seguramente no es posible sin identificarse enteramente con algo tan absoluto, tan radical, como lo sería hablar de la verdad [;] no puede sin embargo rechazar (en el ámbito de su experiencia, entiendo, en el ámbito de sus resultados), esta dimensión de lo verídico de algo que, de ser conquistado, resulta no sólo liberador sino más auténtico que lo que se incluía en el nudo que se trata de liberar. Asimismo, acaso no es por nada que a mi discurso llegan elementos de metáfora tan singulares, tal vez tan desapercibidos pero también sorprendentes, si los conservamos, como los de ese nudo, que nos remiten a lo que ya hice entrar aquí la vez pasada con ese pequeño modelo que les traía en forma de banda de Möbius recordándoles la importancia de algo que es de tipo topológico.

Y su uso queda sugerido en cierta forma enseguida con este simple comentario que tenemos que hacer, así fuese a partir de una prueba, de una prueba en cierta forma ingenua en cuanto a su realismo como la de Piaget, que consiste seguramente en que no es difícil señalar, en tal o cual giro del texto, la falla con la cual se demuestra que tomar el lenguaje simplemente como el instrumento de la inteligencia es desconocer muy profundamente que, lejos de

tratarse allí del instrumento de la inteligencia, él demuestra, al mismo tiempo y con la misma voz, con el mismo discurso (¿cómo es posible entonces que lo subraye en el mismo discurso?) que este instrumento sea tan inapropiado que el lenguaje sea justamente lo que le causa dificultad a la inteligencia? [sic]. Tal vez a la inteligencia le sea igualmente difícil subrayar los problemas que plantea el lenguaje. A la inteligencia le es difícil mantener una conducta apropiada a nivel del puro y simple obstáculo, de la pura, simple e inmediata realidad, aquella contra la cual se choca golpeándose la frente. Remitir esta impropiedad del lenguaje a no sé qué estado primitivo de lo que en este caso se llama el pensamiento no es aquí más que rechazar el problema sin resolverlo de ninguna manera. Porque si en efecto el lenguaje fue primero alguna cristalización que se impuso con el ejercicio de la inteligencia como aparato, ¿cómo no resulta evidente que la inteligencia habría hecho al lenguaje tan apropiado como hizo en últimas sus instrumentos primitivos, los cuales sabemos que son, de todos los instrumentos, a menudo los más maravillosamente hábiles, los más cautivantes para nosotros, al punto de que apenas si podemos restituir su perfección de equilibrio, hecha con el mínimo de materia y al mismo tiempo con la más escogida materia, que nos los hace... de ahí los instrumentos que podemos considerar, éstos, los primitivos, como los más preciosos desde el punto de vista de la calidad del objeto. ¿Cómo no habría sido el lenguaje algo análogo, a su manera, si efectivamente era creación, secreción, prolongación del acto inteligente?

Muy al contrario, si hay algo que en una primera aproximación podríamos intentar definir como siendo al campo del pensamiento, pues bien, ¿por qué no provisionalmente, si hay que partir definitivamente de la inteligencia, no diría yo que el pensamiento (y por dios, que se trate de una fórmula que pueda aplicarse suficientemente a diversos niveles, por lo menos de manera descriptiva, para dar la impresión, al menos en un primer plano, de una aproximación), que el pensamiento es la inteligencia que busca volver a encontrarse en las dificultades que le impone la función del lenguaje? Lejos de podernos contentar de manera alguna, por supuesto (ésta es la primera puerta que abre la lingüística), con ese primer burdo esquema que haría del lenguaje el aparato, el instrumento, de alguna correspondencia biunívoca, no importa cuál, ¿no queda claro acaso que esta búsqueda misma, que se hace reduciéndolo bajo la forma crítica de la significación, del logicopositivismo y de su mito, si llegara a una extenuación del *meaning of meaning*, si agotara en todo uso del significante la extenuación de las diferentes significaciones que, una vez supuestamente connotadas, se nos dice, permitirán obtener un discurso, un diálogo, que no tendrá ambigüedad, si supiera siempre en qué sentido, en qué uso, en qué acepción, se trae tal palabra (quién no sabe, quién no ve, que lo fecundo que puede aportar el lenguaje, y aún su puro y simple funcionamiento consiste siempre no en operar sobre esta especie de conjunción, de aparato de cierta manera preformado que... tras lo cual sólo nos quedaría recoger, leer allí, la solución de un problema), quién no ve que es justamente esta operación la que constituye en sí misma la solución del problema, que esta operación de función, que transitoriamente llamé idealmente biunívoca, es justamente lo que se busca obtener al final de toda investigación?

Planteado esto como una simple introducción de todo prefacio al abordaje de la dificultad del problema, vemos que si el enfoque lingüístico, que está lejos de datar, propiamente hablando, de nuestra época (hace poco me preguntaban sobre este uso del significante y del significado que, les respondía, ahora me parece corresponder en verdad a esas palabras en

curso que empiezan a escucharse en todas las esquinas y que están en uso, que se avanzan en las réplicas más comunes de los mítines), esos términos, esos términos no datan de ayer y sólo los estoicos pueden pasar por ser quienes los introdujeron técnicamente bajo la forma del *signans* y del *signatum*³⁵. De hecho su raíz se puede llegar a mostrar mucho más lejos, y mostrar que basta con aproximarse a la función del lenguaje para que se introduzca un cierto tipo de división, que no es ambigüedad, que le apunta a algo absolutamente radical y por situación, porque estamos tan implicados en ese radical que sólo somos sujetos, digo yo, por estar implicados en ese nivel radical, y de una manera que nos permita sin embargo ver en qué estamos implicados. Y no es a otra cosa a lo que se llama estructura.

La ambigüedad que captamos, ambigüedad que les voy a hacer seguir por las huellas en tal o cual campo más propicio para manifestarla, entre el sentido y la significación por ejemplo, (únicos capaces (no siempre es placer) de jugar con un matiz que nos parecería último por no poder siquiera ser remitido a la categoría superior de ser un matiz del sentido, puesto que se trata ya de una división en el sentido), es porque sólo a ese nivel se resuelven (ya verán que se trata de tal o cual tipo de uso de la palabra [*mot*]) se resuelven contradicciones patentes, patentes simplemente por revelarse, cuando tratándose de esas mismas palabras, por ejemplo de lo que se llama nombre propio, ven ustedes a los unos buscar lo más indicativo y a los otros lo más arbitrario, o sea lo que parece ser menos indicativo; uno, lo más concreto, el otro, lo que parece ir a lo opuesto, a lo más vacío que haya; uno, lo más cargado de sentido posible, el otro, lo más desprovisto; en cambio, ya verán que cuando se toman las cosas, en cierto debate, en cierto registro, con cierto sesgo, esta función del nombre propio es (es claro de la manera más transparente), propiamente hablando por lo que es y por lo que su nombre indica, y que definitivamente no es únicamente el nombre propio, es un *word for particular*¹³⁹, como dice Russell; una palabra para lo particular, seguramente no. Seguramente no, ya lo verán.

Pero retomemos la función de la tautología, que quisiera enseguida ilustrársela con algo. Hace poco hablé de realismo, de realismo ingenuo. Le opondría, le opondría un modo bajo el cual el materialismo, que corrientemente entra en nuestro discurso como una referencia, dios mío, muy poco explorada, el materialismo consiste en admitir como existente únicamente signos materiales. ¿Acaso esto constituye circularidad? ¡Pues no! Esto sugiere un sentido. La materialidad seguramente no queda explicada (¿y quién se sentiría a sus anchas actualmente para explicarla como una esencia, como una sustancia última?), pero que aquí se haga recaer ese término sobre los signos, sobre los signos en tiempos en que, por otra parte, yo dije a manera de referencia radical que el signo es lo que representa algo para alguien, es algo que nos ofrece a la vez el modelo de lo que [es] cierto tipo de referencia tautológica, pues sólo dije una cosa: que el materialismo es lo que sólo plantea como existente aquello de lo que tenemos signos materiales; ni siquiera ha rozado el sentido de la palabra materia y sin embargo entonces, por muy tautológica que sea, nos ofrece un sentido y nos muestra en cierta forma en una figura ejemplar, paradigmática, la utilidad de ese nudito cuyo contorno les hice el otro día, ese doble punto original que cuando se dibuja como el círculo introductorio a todo abordaje posible de la función ya sea del significante o del signo, les muestra ya que no podemos hacer uso de él como si fuera algo que de alguna manera pudiera reducirse al final a una referencia puntual. Si el

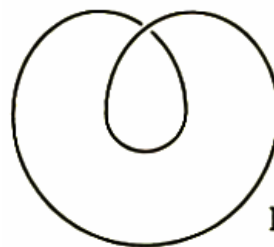


Fig. III-1

círculo favorece la aprehensión mítica de su encogimiento hasta algún punto cero, queda siempre algo irreductible en una estructura que no podría aniquilarse estrechándose sobre sí misma, y después de todo, animado aquí por el hecho de que lo que traje la vez pasada sobre la banda de Mœbius no cayó totalmente en el vacío (pude darme cuenta de eso), para ilustrarlo, para dar el esclarecimiento que lleva, que empieza a llevar, su valor ejemplar hasta su más alto nivel, voy a hacer que adviertan su implicación en adelante.

Fue Saussure quien, hablando del significado (y todos saben que nunca habló al respecto de una manera definitiva, así fuese por causa de las ambigüedades que se precipitaron por la puerta de su teoría justamente sobre ese punto), lo más eficaz que dijo seguramente fue que, frente al significante, el significado presenta la relación del revés al derecho, o si quieren, del derecho al revés¹⁴². Y por supuesto, algo de esto nos sugiere la existencia del signo semántico, del signo en el lenguaje. Seguramente se trata (apegándose lo más estrechamente posible al análisis fonemático) es posible hablar de elemento sonoro en el análisis moderno de la lingüística sin considerarlo estrechamente vinculado con ¿qué? Con lo que se llama *meaning*. Y aquí volvemos a encontrar la ambigüedad de significación, de sentido. Si este año empecé mi discurso con este ejemplo, recogido en el ámbito de una obra de gramática, ejemplo del que les mostraba que, a pesar de su esfuerzo por el asemantismo, por el hecho mismo de ser gramatical, no dejaba de portar un sentido. Y sobre ese aspecto supe con seguridad hacerles sentir las dos vías en las cuales podíamos buscar lo que aquí se llama sentido, y que una no era la otra y que a una, vía de la significación que pudimos verse construir profusamente, y de una manera tan sobreabundante que resultábamos teniendo de sobra de dónde escoger, en la medida en que operábamos con algo, con cierta vía (y no resulta indiferente señalar que desde ahí me resultaba más fácil, más natural, devolverlos por vía de la traducción; por eso fue que escogí el ejemplo de una lengua extranjera), fue al traducirlo al francés que lograba yo hacer surgir casi todo lo que quería, a través de un procedimiento simplemente operatorio y absolutamente similar al del prestidigitador.

Pero que otra cosa era la otra dirección que, para hacernos desembocar en el callejón, sin salida, de lo que es el punto sobrecogedor, el encanto de un texto poético, nos indicaba claramente que de lo que se trataba era de otra dimensión. Indudablemente, lo que dejó borroso, brumoso, en el nubarrón de esta dirección poética, es algo que no puede parecernos suficiente de manera alguna, pero justamente aquí los remito a la propiedad de esta singular superficie, que por supuesto tiene en cada punto un derecho y un revés. Lo importante es que se pueda llegar, siguiendo un cierto trayecto sobre su contorno, desde algún punto ya sea de este lugar a uno correspondiente del revés. Pues bien, cuando les dije: el significante es esencialmente algo estructurado con el modelo de dicha superficie de Mœbius, es eso lo que quiere decir, a saber, que es sobre la misma cara, aunque constituyendo derecho y revés, que podemos volver a encontrar el material. Lo material que aquí se halla estructurado por la oposición fonemática es ese algo que no se traduce pero que pasa, que pasa de un significante a otro, en su funcionamiento, en el funcionamiento que sea del lenguaje, aún el más azaroso. Es lo que demuestra en cierta forma esta experiencia poética: que

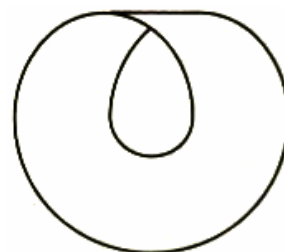
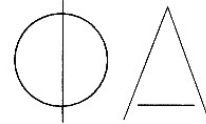


Fig. III-2

algo que pasa, lo cual es el sentido (diversamente localizable y diversamente señalado, según la modalidad en que pase; eso es lo que intentaremos hacer), es lo único que nos permite, a nosotros, una localización exacta de una experiencia que, por el sólo hecho de ser una experiencia enteramente no sólo de palabras [*paroles*] sino de palabras artificiales, de palabras estructuradas por un cierto número de condiciones que modifican el alcance del discurso, debe ser localizada respecto a lo que hace poco llamé el uso del lenguaje por algo o por alguien, sujeto, agente, paciente, que se encuentre atrapado allí.

Voy a introducir entonces hoy, a introducir una de esas formas, una de esas formas topológicas, una de esas formas fundadas en la superficie cuyo ejemplo les di la vez pasada, a introducirlos, a introducirlos en esta función, pues pienso que a pesar de todo ustedes han oído hablar de la botella de Klein. Retomemos esta botella, apropiémonosla, y vamos a la botella de Klein y botella de Lacan; es de enorme interés, nos servirá de mucho y ya verán por qué. Les recuerdo que la vez pasada introduje el comentario de que el espacio, el espacio de tres dimensiones, es algo nada claro, y que en vez de hablar al respecto como atolondrados, hay que ver de qué diversas formas podemos captarlo, justamente por la vía matemática que es esencialmente combinatoria; y que algo muy diferente es plantear el asunto resuelto con las formas que pueden llamarse *formas de revolución de una superficie*, que nos dan ¿qué? En últimas sólo un volumen que no por nada se llama así. Se llama así porque está fabricado a partir del modelo, lo cual no es azar, de algo que es una superficie enrollada, superficie en donde se hace un rollo. Pues bien, después de todo es evidente que eso llena un pequeño espacio. Tras lo cual pueden agarrarlo en plena mano para divertirse con él.

Hagan girar el círculo en torno a un eje, lo cual se llama esfera, ya lo dije. Hagan girar esta cosa, que llamaré triángulo o simplemente un ángulo dependiendo de si lo limito o no con una línea que corte los dos lados, y obtendrán un cono, una sección cónica o un cono infinito, según el caso. Pero hay cosas que no se comportan en absoluto así, que no requieren provisoriamente partir de un espacio ya construido y que hacen mucho bien. Se los dije, hay tres formas fundamentales: el *hueco*, ya volveremos a ésta; el *toro*, les dije; el *cross-cap*.



A fe mía, el toro no parece muy complicado. Tomen lo que quieran, un anillo de [*backgammon*], un neumático, simplemente. Comiencen a plantearse en su mente pequeños problemas, por ejemplo este: háganle un corte como este, exactamente como este, y si todavía no lo han hecho, si todavía no han reflexionado sobre el toro, díganme cuantos pedazos resultan, por ejemplo. Esto les prueba (el hecho de que las preguntas se puedan plantear así), que no son objetos de una intuición inmediata, como ya lo hice notar la vez pasada. Pero no vamos a demorarnos en estos pasatiempos. Quiero simplemente que adviertan cómo se construyen esas figuras de manera sencilla y combinatoria. Se construyen de la manera siguiente, y la forma más elemental que se le puede dar es la de una figura de cuatro lados, lados que están vectorizados.

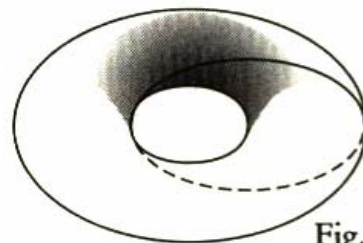


Fig. III-3

¿Qué significa aquí la vectorización? Significa que construimos esas figuras por sutura; que cosemos lo que aquí se llama borde (les omito la definición intermedia de lo que significa aquí borde), que va en el sentido de la vectorización, es decir, que un punto que se encuentre aquí sobre el vector, que es el punto a, llega a un punto a', que no le corresponde en el sentido métrico pero que le corresponde de manera ordenada, en el sentido en que un punto b, que será *más* [+] en el sentido del vector, quedará entonces cosido al punto b', sin importar cuál sea e independientemente de la distancia métricamente definida de a' a b'. Lo mismo pasa con la pareja de los demás lados de dicha construcción.

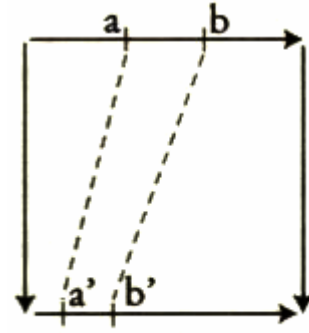
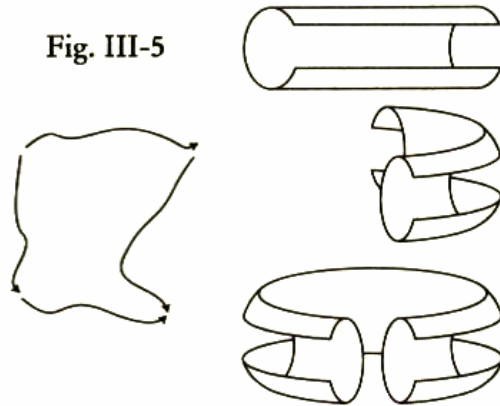


Fig. III-4

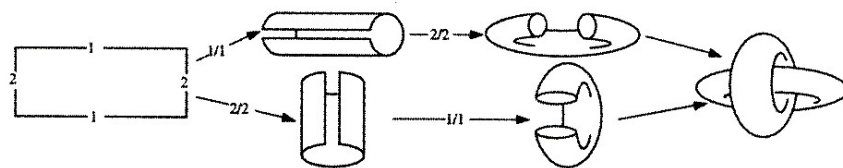
Evidentemente, aquí sólo es estrictamente cuadrado para la inteligibilidad del ojo, inteligibilidad visual, gestáltica, de la figura. Podría igualmente construirla así, pondría los vectores, lo cual tendría la misma significación ¿Por qué? Para construir un toro... ¿Cómo se construye un toro? Es fácil de comprender y por eso empiezo por ahí: un toro se construye suturando primero este lado con el otro, es decir, haciendo lo que para la intuición común es un primer cilindro o, si quieren, puede suponerse que el espacio del intervalo tiene alguna función. Hay gente así, está Santo Tomás, hay gente que quiere siempre atiborrar las cosas con el dedo. Es un tipo humano: ¡hacen morcilla toda su vida! En fin, si quieren llenarlo obtendrán entonces un rollo lleno y a partir de ahí pueden cerrar ese rollo y obtendrán lo que está dibujado aquí.

Fig. III-5



¿Qué quiere decir esto? Que en una estructura que es de tipo esencialmente espacial, que no implica historia alguna, introducen sin embargo un elemento temporal. Para que esto quede plenamente determinado se necesita que connoten 1 y 1 con la misma cifra, pero [2 y 2] con una cifra o una connotación cualquiera que implique que sólo llega después¹. No pueden hacer las dos operaciones al mismo tiempo. Poco importa cuál preceda a cuál, el resultado será el mismo: un toro; pero no dará el mismo toro, ya que en este caso dará dos toros, uno atravesando al otro. Hasta es una de sus funciones más interesantes.

¹ Los dos signos diferentes (1 y 2) connotan la conjunción de la oposición, de dos en dos, de los lados del polígono fundamental, en dos operaciones de costura: 1 y 1 (1/1) por una parte, y 2 y 2 (2/2) por la otra, introduciendo así una temporalidad estructural.



Al respecto entonces, y como simple ejercicio introductorio, ¿qué es una botella de Klein? Una botella de Klein es una construcción del mismo tipo, salvo que si dos de los bordes vectorizados se vectorizan en el mismo sentido (digamos que como en el toro, y consecuentemente propios para hacer una morcilla, como el toro) y los otros bordes opuestos, donde poco importa que la operación de sutura se haga antes o después de la otra, se obtendrá el mismo resultado, pero la operación debe realizarse en forma sucesiva, los otros dos bordes están vectorizados en sentido contrario. Voy a mostrarles enseguida en el tablero qué da, para quienes no han oído hablar de la botella de Klein. Da algo que, si quieren, al corte, al corte por supuesto, lo cual no quiere decir nada en este registro, puesto que no introducimos la tercera dimensión del espacio. Para la intuición común es una manera de ubicarse que habitualmente es la de ustedes, en la experiencia y en últimas tal vez pueda decirse también en la costumbre, pues nada hace objeción al hecho de que les sean más inmediatamente accesibles y familiares las dimensiones de la topología de superficies, basta con que se ejerciten un poco, hasta es lo deseable; esto es lo que da al corte [figura III-7].

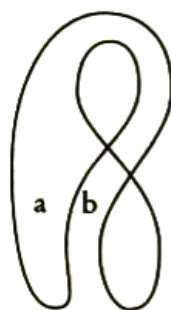
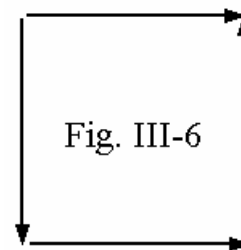
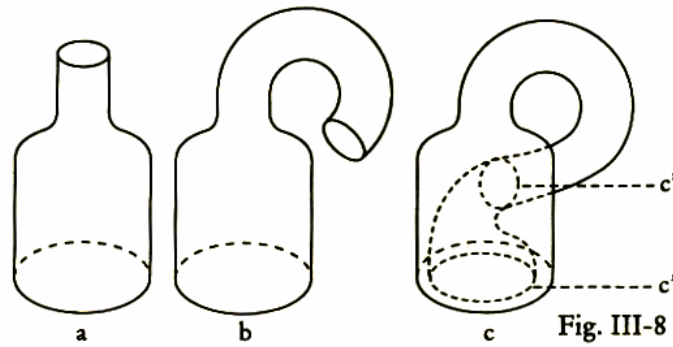
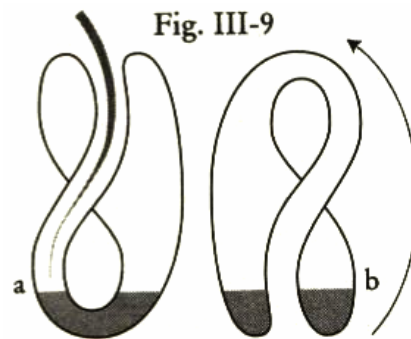


Fig. III-7

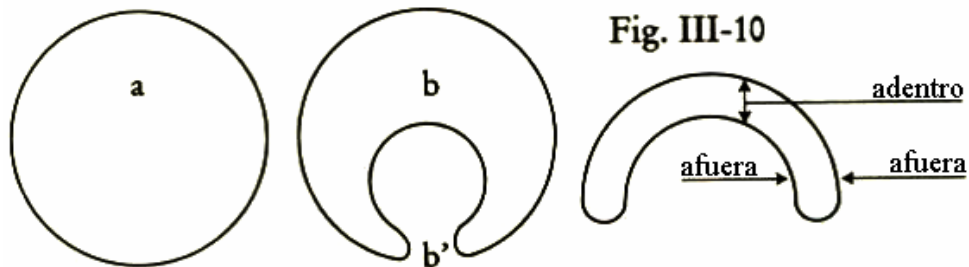
Bueno. ¿Esto qué quiere decir? Quiere decir que esto (en corte, ya les dije, es decir que aquí [en a] hay un volumen que es común, que en el centro tiene un conducto que pasa [en b])... en otras palabras, esto merece llamarse botella [figura III-8] porque aquí está el cuerpo de la botella [en a] y aquí está el gollete; es un gollete que estaría prolongado [en b] de tal manera que al entrar en el cuerpo de la botella (si quieren, para acentuárselos mejor voy a señalar esta entrada aquí [en c]), quedará inserto, se suturará, en el fondo de esta botella. Entonces, en palabras, en términos, sin siquiera recurrir a mi figura: tienen una botella, botella de Vichy, botella de Vittel, le tuercen el gollete, lo hacen atravesar la pared lateral de esta botella y van a insertarlo en el culo de la botella. Esta inserción abre al mismo tiempo [c'']... pueden constatar que obtienen la realización de algo, caracterizado por ser una superficie completamente cerrada (esta superficie está cerrada por todas partes) al interior de la cual sin embargo puede entrarse como en un molino, si me atrevo a decirlo. Su interior está íntegramente, completamente, en comunicación con su exterior. Sin embargo esta superficie está completamente cerrada.



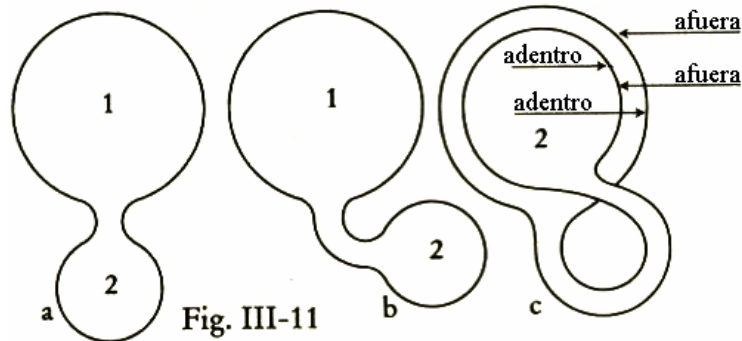
Que esta botella sea capaz de contener un líquido y hasta de no permitir, en condiciones ordinarias, que se riegue por fuera (se los voy a representar), es decir, de contener el líquido sin siquiera tener que preocuparnos por un tapón, es algo que, por supuesto, sólo haría parte de la física entretenida. La más simple reflexión les permitirá pensarlo. En efecto, si la enderezan así, tal como la dibujé, y de hecho la hacen funcionar como botella que se llena una vez que su fondo está en el aire [figura III-9], en a, y si la voltean, poniendo el fondo hacia abajo, ciertamente el líquido no llegará a regarse por fuera [en b]. ¡Les repito que esto no tiene estrictamente importancia alguna! Lo interesante es que las propiedades de esta botella son tales que la superficie en cuestión, la superficie que la cierra, la superficie que la compone, tiene exactamente las mismas propiedades que una banda de Moebius, a saber, que sólo hay una cara, por lo cual se puede responder fácilmente y es fácil constatarlo.



Entonces, como esto puede también parecer... ser un poquito del registro del truco de magia, y como no lo es en absoluto, a pesar de que, por supuesto, podría pasar por ser analógico de un efecto de sentido, y como no es en absoluto de manera analógica que espero hablarles con esto, voy a intentar materializárselos de una manera que sea absolutamente clara.



Si partimos de la esfera, no resulta cosa imposible que podamos hacer una botella con una esfera. Supongan que la esfera sea una pelota de caucho [figura III-10, en a], la repliegan sobre sí misma en cierta forma así [en b], ni siquiera tiene que resultar necesariamente ese pequeño embozo [en b']; es más neto, siempre podrán convertirla en una copa si intensifican el repliegue en sí misma. Hasta diría que es así como comienza el proceso de formación de un cuerpo animal, que corresponde al estadio *blástula* luego del estadio *mórula*. ¿Qué tienen aquí? Tienen un afuera, un adentro, un adentro, la superficie esférica primitiva, y un afuera. Al realizar algo que puede ser un continente, no le han modificado nada a la función de las dos caras de la superficie respecto a la esfera primitiva.



Sucede algo muy diferente si, tomando primero la esfera y haciéndole esta cosa estrangulada [figura III-11, en a], toman una de las mitades de la esfera y la hacen entrar en la otra [en b y c]. En otros términos, esquematizo... ¿me siguen? Con esta pesa, con la doble bola que construí aquí por vía del estrangulamiento de esta superficie esférica, hago (supongan que esta sea la bola 1), lo que voy a hacer es que la bola dos haya entrado en su interior. Aquí tienen el afuera primitivo, el adentro, y lo que está enfrentado es una superficie del afuera primero con el adentro, ya no como en mi blástula de hace poco, con el adentro siempre enfrentado (el adentro está aquí) a la segunda parte de la superficie.

¿Eso es una botella de Klein? No. Para llegar a la botella de Klein se necesita otra cosa. Pero aquí es donde voy a poder explicarles algo que les señalará por qué llamar la atención sobre la botella de Klein. Y es que, supongan que exista alguna relación, alguna relación estructural, la cual no obstante está bien señalada desde hace mucho tiempo por la constancia, la permanencia de la metáfora del círculo y de la esfera en todo el pensamiento cosmológico, supongan que sea de esa manera que toque construir, para representárselo de una manera sana, que toque construir lo que concierne justamente al pensamiento cosmológico. El pensamiento cosmológico se funda esencialmente sobre la correspondencia no biunívoca sino estructural, el involucramiento del microcosmos por el macrocosmos; llamen a ese microcosmos como quieran (sujeto, alma, voũç), llamen a ese cosmos como quieran (realidad, universo), pero supongan que el uno envuelve al otro y lo contiene y que el que es contenido se manifiesta como siendo el resultado de ese cosmos, lo cual corresponde allí miembro a miembro. Es imposible extirpar esta hipótesis fundamental y en ello reside cierta etapa del pensamiento que, si siguen lo que les dije hace poco, es de cierto uso del lenguaje. Y esto corresponde allí justamente en la medida y sólo en la medida en que, en ese registro de pensamiento, el microcosmos, tal como conviene, no está hecho de una parte en cierta forma volteada del mundo a la manera como se voltea una piel de conejo, no es como hace poco en mi blástula tal como la dibujé, con lo de adentro para

afuera para el microcosmos; éste tiene claramente también un afuera, y que además se enfrenta al adentro del cosmos. Tal es la función simbólica de esta etapa de la reconstrucción de la botella de Klein a la que los llevo.

Veremos que ese esquema es por supuesto esencial en cierto estilo y cierto modo de pensar, pero para representar una cierta limitación, una implicación no animada en el uso del lenguaje (se los mostraré en detalle y en los hechos). El momento del despertar, en la medida en que lo señalo, ya les dije, en que lo ubico históricamente en el *cogito* de Descartes³³, es algo que no resulta inmediatamente aparente, justamente porque con ese *cogito* se hace algo de valor psicológico. Pero si se ubica exactamente de qué se trata, si es lo que yo dije, a saber, hacer evidente que la función del significante es y no es más que el hecho de que el significante representa al sujeto para otro significante, es a partir de este descubrimiento que cuando se rompe el pacto supuestamente preestablecido del significante con algo, resulta, resulta en la historia (y puesto que es de allí que partió la ciencia) resulta que es a partir de esta ruptura que (aun cuando enseguida y simplemente porque sólo se lo enseña de manera incompleta, y esto es así porque no se vislumbra su resorte último) que se puede inscribir una ciencia, a partir del momento en que se rompe ese paralelismo del sujeto con el cosmos que lo envuelve y que hace del sujeto psiquis, psicología, microcosmos.



Es a partir del momento en que introducimos aquí otra sutura y lo que en otra parte llamé punto de basta esencial que es aquel que abre aquí un hueco gracias al cual se instaura entonces y sólo entonces la botella de Klein, es decir, que en la costura que se hace a nivel de ese hueco, lo que se anuda es la superficie consigo misma, de manera tal que lo que hasta ahora hemos localizado como afuera resulta unido con lo que hemos localizado hasta ahora como adentro, y lo que era localizado como adentro se sutura, se anuda con la cara que estaba localizada hasta entonces como afuera. ¿Es evidente? ¿Está suficientemente claro? ¿Se ve desde allá abajo, con esta mala iluminación?

Aquí abrimos un orificio atravesando a la vez lo que en mi dibujo simbolizaba el cosmos envolviendo y lo que en mi dibujo simbolizaba el microcosmos envuelto y por esa vía es que llegamos a la estructura de la botella de Klein [Figura III-12]. ¿Ya la vieron lo suficiente? ¿No? Pues bien, voy a hacerla más grande, si no nunca comprenderemos nada. Aquí está completa. ¿Ya comienza a verse? [diversos ruidos y palabras] ¿Ya comienza a verse? ¿Captan lo esencial de lo que les expliqué hace poco, la estructura de la botella de Klein? ¡De verdad que está mal iluminado este tablero!... ¿No hay una luz que me permita ver si las personas de allá abajo alzan el cuello? ¡Al menos sería importante que vieran lo que dibujé! Los llevo ahí por una vía difícil y dado el tiempo y la necesidad de la explicación, esto no los va a llevar hoy directamente hasta su relación con el lenguaje. Asimismo, ya que no nos quedan sino diez minutos, voy a tratar de ofrecerles una breve explicación divertida, y podrán advertir su relación global con el campo de la experiencia analítica.

Hay más de una forma de traducir esta construcción. Podría darles al respecto la figura de Gagarín el cosmonauta. Para simplificar y avanzar rápido (ya no tenemos tiempo), Gagarín el cosmonauta aparentemente está encerrado por completo, como el hombre antiguo en su

pequeño cosmos paseador. Permítanme señalarles de paso que desde el punto de vista biológico, se trata además, entre nosotros, de algo bien curioso y que podría puntuarse respecto a la evolución de la descendencia animal. Les recuerdo lo difícil que resulta captar, captar de una manera aunque fuese un tanto concebible, cómo un animal que intercambiaba regularmente aquello que necesitaba (en lo que concierne a la respiración), con el medio en el que se encontraba inmerso por medio de las branquias, realizó esta cosa absolutamente fabulosa de poder salir, en este caso fuera del agua, enviándose al interior de sí mismo una fracción considerable de la atmósfera. Pueden notar que Gagarín, si acaso tiene él algún grado de responsabilidad en todo esto, realiza una operación redoblada de ese punto de vista evolucionista. Él se envuelve en su propio pulmón, para lo cual es necesario que a fin de cuentas orine en su propio pulmón, ¡pues es claro que se necesita que todo eso se meta en alguna parte! De ahí... de ahí el silogismo, que tendré que desarrollarles en el futuro porque es ejemplar, luego del famoso silogismo “Todos los hombres son mortales, Sócrates es un hombre, por lo tanto Sócrates es mortal”. Me pareció adecuado, para usos que podrán apreciar mejor más tarde, pero cuya introducción es una caricatura, una caricatura de ese famoso silogismo sobre Sócrates, que Gagarín, que todos los cosmonautas son meones, que Gagarín es un cosmonauta, por lo tanto que ¡Gagarín es un meón! Lo cual tiene casi el mismo alcance que la fórmula sobre Sócrates. Pero dejemos esto por el momento. Lejos de contentarse con ser un meón, Gagarín tampoco es un cosmonauta, y no lo es porque no se pasea por el cosmos, dígame lo que se diga; porque la trayectoria que lo arrastra era, desde el punto de vista cósmico, totalmente imprevista y porque puede decirse, en cierto sentido, que no hay dios que haya presidido la existencia de un cosmos que haya previsto o conocido nunca en nada la trayectoria precisa, la trayectoria necesaria en función de las leyes de la gravitación, la cual sólo pudo literalmente descubrirse a partir de un rechazo absoluto de todas las evidencias cósmicas. Todos los contemporáneos de Newton rechazaron indignados la posibilidad de la existencia de una acción a distancia, de una acción que no se propague progresivamente, porque ésa era hasta entonces la ley del cosmos, la ley de la interacción recíproca entre sus partes. En la ley de Newton hay algo, en tanto que le permite a nuestro proyectil llamado Sputnik ser una cosa que se sostiene de forma perfectamente estable, al nivel de una ley preconcebida, en eso hay algo de naturaleza absolutamente acósmica, y por ese mismo hecho, el hecho mismo de ese punto de inserción, pasa igual con todo el desarrollo de la ciencia moderna. Y en esto radica que la apertura en cuestión aquí, a saber, que el cosmos mismo, que el cosmos que le permite a Gagarín subsistir a través de los espacios, es algo que depende de una construcción de naturaleza profundamente acósmica.

Es con esto, con la esfera interna, que tenemos que vérnoslas en el análisis, bajo el nombre de realidad. Realidad aparente que es la de la correspondencia de algo que se llama alma con algo que se llama realidad, aparentemente modelados uno sobre el otro. Pero respecto a esta aprensión que sigue siendo la aprehensión psicológica del mundo, el psicoanálisis nos da dos aperturas; la primera es la que, de ese foro, de ese lugar de encuentro en donde el hombre se cree el centro del mundo (pero lo importante no es esta noción de centro en lo que se llama, repitiendo como loros, la revolución copernicana, so pretexto de que el centro saltó de la tierra al sol, lo cual es una clara desventaja, a saber, que a partir del momento en que creemos que el centro es el sol, creemos así mismo que hay un centro absoluto, en lo cual los Antiguos, que veían al sol moverse según las estaciones, no creían; eran mucho

más relativistas que nosotros), pero esto no es lo importante sino que el psiquismo, el alma, el sujeto en el sentido en que se lo emplea en la teoría del conocimiento, se representa no como el centro sino como el doblez de una realidad que por ese mismo hecho se vuelve realidad cósmica. Lo que nos descubre el psicoanálisis es, primero, ese pasaje a través del cual se llega al entre-dos, al otro lado del doblez, ese pasaje en donde ese intervalo (que parece ser lo que funda la correspondencia del interior con el exterior), donde ese intervalo (y ahí está el mundo del sueño, es la otra escena) puede percibirse.

Lo *heimlich* de Freud, y por esto mismo es que al mismo tiempo es lo *unheimlich*, es esa cosa justamente, ese lugar, ese lugar secreto en donde ustedes, que se pasean por las calles, por esta realidad singular (tan singulares son las calles que es ahí donde me detendré la próxima vez para volver a partir: ¿por qué es necesario darles nombres propios a las calles?), se pasean por las calles entonces y van de calle en calle, de lugar en lugar, pero sucede un día que, sin saber por qué, van más allá de no sé qué límite, invisible para ustedes mismos, y llegan a un lugar en donde jamás han estado y donde... donde sin embargo... donde reconocen como siendo ése, ese lugar, donde les recuerda haber estado desde siempre y haber vuelto cien veces, ahora lo recuerdan. Ahí estaba, en su memoria, como una especie de islote aparte, algo no ubicado que, de repente, ahí, se pone en orden para ustedes. Este lugar, que no tiene nombre pero que se distingue por la extrañeza de su decorado, por aquello que Freud señala justamente tan bien, justamente con la ambigüedad que hace que *heimlich* o *unheimlich* sea una de esas palabras en donde, en su propia negación palpemos la continuidad, la identidad de su derecho con su revés, este lugar que propiamente hablando es la otra escena por ser aquella en la que (sin duda lo saben) ven nacer la realidad en este lugar como un decorado. Y ya saben que la verdad no es lo que está del otro lado del decorado, y que si ustedes se encuentran ahí, ante la escena, son ustedes quienes se encuentran en el envés del decorado y quienes palpan algo que va más lejos en la relación de la realidad con todo lo que la envuelve.

El año pasado, en su momento, pareció o hasta hubo algo que mereció que se dijese que yo hablé mal del amor cuando dije que su campo, el campo de la *Verliebtheit*, es un campo al mismo tiempo profundamente anclado en lo real, en la regulación del placer y al mismo tiempo fundamentalmente narcisista. Otra dimensión se nos ofrece con seguridad en esta singular coyuntura, aquella en la que sucede que, por las vías más reales del sueño, [ella] sea nuestra compañera al llegar a ese lugar de experiencia singular. Esto es índice de algo: de una dimensión cuyo acento seguramente sólo el poeta romántico supo hacer vibrar.

Aún tenemos nosotros otras vías por las cuales podemos hacerlo oír: el del no-sentido, el de Alicia, no *in Wonderland*, sino justamente una vez que ha tenido lugar el sobrepaso, ese sobrepaso imposible en la reflexión especular que es el paso más allá del espejo. Eso es, [...] se presenta como siendo lo que puede venir a este singular encuentro [...] eso es lo que, en otra dimensión, dije que explorado por la experiencia romántica, eso es lo que se llama, con otro acento, el amor. Pero regresando de ese lugar y para comprenderlo, y para que haya podido ser captado, para que haya podido hasta ser descubierto, para que exista en esta estructura que hace que aquí, se vuelva a encontrar la estructura de dos caras fijas que permiten constituir esta otra escena, se necesita que se haya realizado en otra parte la estructura de la que depende el acosmismo del todo, a saber, que en alguna parte, lo cual se llama estructura, la estructura del lenguaje sea capaz de respondernos. Por supuesto que no se trata de ninguna manera con ello de algo que prejuzgue sobre la adecuación absoluta del

lenguaje con lo real, sino de lo que, en tanto lenguaje, introduce en lo real todo aquello a lo que podemos acceder de manera operatoria. El lenguaje entra en lo real y allí crea la estructura. Participamos en esta operación y al participar estamos incluidos, implicados, en una topología rigurosa y coherente, que hace que todo descubrimiento, toda puerta decisiva abierta en un punto de esta estructura, no podría plantearse sin la ubicación en la exploración estricta, sin la indicación definida del punto en donde está la otra abertura.

Me quedaría fácil evocar aquí el incomprendido pasaje de Virgilio al final del canto VI [de la *Eneida*¹⁵⁶]. Las dos puertas del sueño están inscritas allí exactamente, puerta de marfil, dice, y puerta de cuerno. La puerta de cuerno que nos abre el campo sobre lo verdadero que hay en el sueño y es el campo del sueño, y la puerta de marfil que es aquella por la cual devuelven a Anquises y a Eneas, con la Sibila, hacia el día; es aquella por donde pasan los sueños erróneos. Puerta de marfil del lugar más cautivante del sueño, del sueño más cargado de errores, es el lugar donde nos creemos ser un alma que subsiste en el corazón de la realidad.

Traducción: Pio Eduardo Sanmiguel Ardila. Colaboraron en la revisión de la traducción y de esta versión en español: Belén del Rocío MORENO CARDOZO, Carmen Lucía DÍAZ LEGUIZAMÓN, Eduardo ARISTIZÁBAL CARDONA, Javier JARAMILLO GIRALDO, Mario Bernardo FIGUEROA MUÑOZ, Pilar GONZÁLEZ RIVERA, Tania ROELENS HRNCIROVA. Posteriormente he recibido precisiones, anotaciones, correcciones de Sylvia de Castro K., Myriam Cotrino y Luisa Matallana L., a quienes agradezco sinceramente el haberse tomado el tiempo para anotar sus dudas y enviarlas a este correo. Esta traducción continúa en proceso; así que, cualquier duda, comentario y/o precisión serán bienvenidos; comuníquelos, por favor, a la siguiente dirección electrónica:
pioeduardo.sanmiguelardila@gmail.com